

Dr. James S. Spiegel, Ética cristiana, Sesión 18, Derechos de los animales

© 2024 Jim Spiegel y Ted Hildebrandt

Les habla el Dr. James Spiegel en su enseñanza sobre Ética Cristiana. Esta es la sesión 18, Derechos de los Animales.

Bien, nuestro último tema aquí es sobre los derechos de los animales.

Y abordaremos la cuestión de qué derechos tienen los animales, si es que tienen alguno, y, correlativamente, qué tipo de deberes u obligaciones tenemos hacia ellos. Ahora bien, las prácticas más controvertidas relacionadas con los derechos de los animales son las relacionadas con las granjas industriales y la investigación biomédica. A continuación se presentan algunas estadísticas sobre la cría intensiva de animales. A nivel mundial, se crían unos 70 mil millones de animales de granja para el consumo.

En Estados Unidos, el 99% de los animales de granja son criados en granjas industriales. La mayoría de los antibióticos que se utilizan en todo el mundo se utilizan para alimentar a los animales de granja. Los datos sobre la crueldad en las granjas industriales revelan que el 94% de los estadounidenses afirman que creen que los animales criados para el consumo no deberían sufrir.

Puede que sea una cifra sorprendentemente alta teniendo en cuenta el consumo de carne en Estados Unidos. La ganadería industrial es la principal causa de desperdicio de agua en Estados Unidos. Se han talado alrededor de 260 millones de acres de bosque en Estados Unidos para producir alimentos para animales de granja.

En Estados Unidos, se estima que el 40% de las emisiones de la agricultura provienen de las granjas industriales. A nivel mundial, las vacas lecheras producen 14.500 millones de litros de excrementos al día, lo que se ha señalado como un impacto significativo en el medio ambiente. Varias de estas cuestiones son importantes desde el punto de vista medioambiental.

El padre del movimiento contemporáneo por los derechos de los animales es Peter Singer. En su libro de 1975 titulado *Animal Liberation*, defiende los derechos de los animales y dedica mucho tiempo a informar a los lectores sobre los hechos relacionados con la cría intensiva de animales.

Su tesis es que todos los animales merecen la misma consideración. Todos los animales merecen la misma consideración. Señala que la igualdad es una idea moral.

No se trata de una afirmación de hecho, que parece evidente. De hecho, no hay dos personas exactamente iguales desde un punto de vista físico o intelectual, pero la igualdad es algo que todos afirmamos como un valor e ideal significativo e importante en nuestra sociedad.

Señala que se trata de una idea moral, no de una afirmación de hechos. La preocupación por los demás no debería depender de las capacidades que poseen. Esto también se aplica a los animales.

Por eso debemos condenar el especismo. Él acuña el término especismo, que en cierto sentido es como el sexismo o el racismo. Es una forma de etiquetar a quienes son culpables de cierto tipo de prejuicio o intolerancia.

Define el especismo como un prejuicio o actitud de parcialidad hacia los intereses de los miembros de la propia especie y en contra de los de los miembros de otras especies. Por lo tanto, no deberíamos mantener ese prejuicio. Es natural. El mero hecho de que seamos, argumentaría, es una razón principal de la prevalencia del especismo.

Somos los seres humanos quienes tenemos el control. Controlamos a las vacas, los cerdos, las gallinas y otros animales. Por eso, es fácil favorecernos a nosotros mismos y a nuestros propios intereses a expensas de estos animales, simplemente porque somos los que tenemos funciones cognitivas superiores y tenemos el control.

Pero eso no es algo que justifique ningún tipo de privilegio moral por nuestra parte. Dice, citándolo, que la capacidad de sufrir y de gozar es un prerequisite para tener intereses. Y cualquier ser que pueda sufrir, sólo por el hecho de sufrir, eso es razón suficiente para reconocer que tiene derechos.

Si un animal puede sufrir, entonces tiene intereses. Y si tiene intereses, entonces tiene derechos. Dice que marcar el límite de la preocupación por los demás con alguna otra característica, como la inteligencia o la racionalidad, sería hacerlo de manera arbitraria, así que ¿qué criterio deberíamos elegir como forma de demarcar dónde es apropiado preocuparse por otro ser? Dice que cualquiera que sea el criterio que elijamos para distinguir, aquellos que tienen derecho a la vida no incluirán a todos y solo a los miembros de nuestra propia especie.

Si descartamos a los mamíferos superiores porque no tienen un cierto nivel de inteligencia, entonces al hacerlo, descartaremos a ciertos humanos porque hay ciertos mamíferos superiores, primates superiores, que son más inteligentes que algunos humanos debido a su edad o debido a problemas de desarrollo cuando existe una discapacidad cognitiva del desarrollo. Por lo tanto, el mejor criterio que tenemos, argumenta Singer, es la capacidad de sufrimiento. Pero se enfrenta a esta objeción: ¿qué pasa si los animales son incapaces de sufrir? ¿Y si Descartes tiene

razón y los animales son básicamente máquinas; no hay conciencia en ellos y no hay capacidad de sufrir? La respuesta de Singer a eso es doble.

Tenemos buenas razones para creer que los animales pueden sufrir, sólo por analogía. Cuando observamos cómo reaccionan, si simplemente pisamos la cola de un perro o un gato, este chillará o aullará. Ese es el tipo de comportamiento que es consistente con la experiencia de dolor y con un estado mental negativo.

Así que, ahí está. Y también sabemos, simplemente por similitudes fisiológicas, que los animales sienten dolor. Sus sistemas nerviosos centrales son tan parecidos al nuestro, particularmente entre los mamíferos, que deben sentir dolor y placer de manera muy similar a nosotros.

Así pues, los animales son capaces de sufrir y también de experimentar placer. Señala que, si bien la capacidad de sufrir implica que los animales merecen una consideración moral, no implica que merezcan la misma consideración moral que se les debe a los seres humanos. Por ello, matiza un poco su postura en este punto.

Otro defensor de los derechos de los animales es Tom Regan, que plantea un argumento diferente. No se basa en un razonamiento utilitarista como el de Singer. Regan sostiene que todos los animales tienen el mismo valor inherente simplemente porque tienen una especie de conciencia básica y un estado de conciencia.

Por lo tanto, se les debe tratar con respeto. Son sujetos de vida con experiencia y eso es suficiente para garantizar que tengan ciertos derechos. Dice que el valor inherente no puede limitarse a los seres humanos porque somos muy similares en muchos aspectos a otros animales.

Tendemos a considerar valiosos a los demás seres humanos porque cada uno de nosotros es un sujeto que experimenta la vida. Pero entonces, ¿por qué no extender eso a otros animales que también son sujetos que experimentan la vida? Dice que todos tienen el mismo derecho a ser tratados con respeto y no a ser reducidos a la condición de cosas. Ahora bien, una objeción que se puede hacer aquí es que no, sólo los humanos tenemos valor inherente porque sólo nosotros tenemos la inteligencia, la autonomía y la razón necesarias.

Claro, mi perro, Austin, tiene experiencias genuinas y siente dolor y placer, etc., pero no es verdaderamente inteligente, y ciertamente no es autónomo. No actúa en función de fines, metas y puntos de vista preestablecidos. No puede razonar.

La respuesta de Regan a ese tipo de argumento es, de nuevo, como señala Singer, que muchos seres humanos no tienen esas capacidades, como los bebés y los adultos con discapacidades mentales, por ejemplo. Sin embargo, reconocemos que tienen un valor inherente. Por lo tanto, si vamos a extender el reconocimiento del valor

inherente a los bebés o a los seres humanos adultos con discapacidades mentales graves, así como a los bebés, entonces deberíamos extenderlo también a los animales.

Así, Regan sostiene que todos los que tienen valor inherente lo tienen por igual, sean animales humanos o no. Otra objeción es la siguiente: ¿por qué deberíamos aceptar la afirmación de que todos los que tienen valor inherente lo tienen por igual? Eso es algo que Regan nunca demuestra, y es un área en la que debería, yo diría, ser más como Peter Singer al reconocer que no todos los derechos, o en este caso, el valor inherente, son iguales.

Por supuesto, puedo reconocer que un perro, un gato o un chimpancé tienen un valor inherente, pero de ello no se sigue que estos animales tengan el mismo valor inherente que los seres humanos. Ahora bien, en relación con la investigación biomédica, podemos preguntarnos: ¿qué pasa con la ética de la investigación biomédica con animales? ¿Es moralmente permisible? Hay varios defensores acérrimos de los derechos de los animales que se opondrían a ello. Supongo que Regan y Singer se opondrían a ello, por razones que son evidentes en la lógica de sus argumentos a favor de los derechos de los animales.

RG Fry apoya el uso de animales en la investigación médica y, curiosamente, defiende su postura sin apelar en absoluto al concepto de derechos, que, según él, está plagado de problemas. Su argumento se basa en la noción de calidad de vida, que apela a la idea de "lo siento", que cualquier persona de cualquier orientación moral puede afirmar. Señala que es la calidad de vida de una criatura la que determina si merece o no consideración moral.

Según él, la posición moral depende de si una criatura es un sujeto experiencial con una serie de experiencias que se van desplegando y que, dependiendo de su calidad, pueden hacer que su vida vaya bien o mal. Dice que el valor de una vida es una función de su calidad, su calidad de su riqueza y la riqueza de sus capacidades o posibilidades de enriquecimiento. Y como la vida de los animales tiene una cierta calidad, su vida tiene valor, pero no el mismo valor que una vida humana adulta normal.

Creo que se trata de una especie de matización a la que alguien como Regan debería estar abierto. Fry cuestiona la idea sugerida por Singer de que esto es especista porque no es sobre la base de nuestra pertenencia a la especie humana que nuestras vidas tienden a tener más valor que las de los animales. Se basa simplemente en el hecho de que tenemos una cierta calidad de vida.

Ahora bien, esto plantea algunas cuestiones interesantes con respecto a la opinión de Fry, porque podríamos preguntarnos, ¿qué pasa con los seres humanos que no tienen la misma calidad de vida? Las personas con discapacidades del desarrollo no

tienen el mismo nivel de calidad de vida que el resto de nosotros, que tenemos una determinada función cognitiva superior. Y es por esta razón que Fry en realidad admite que la experimentación en ciertos sujetos humanos, al igual que experimentamos en animales, sería apropiada, lo que es, creo, una especie de reducción de su punto de vista al absurdo, al menos desde un punto de vista judeocristiano, el que adopte esa opinión. Pero se aguanta.

Debo reconocerle el mérito por ello, pero ese es el enfoque que adopta en toda la cuestión de la investigación biomédica y la experimentación con animales. Así que, Andrew Tardif, pasemos ahora a su defensa del vegetarianismo.

Defiende la obligación de ser vegetariano y lo hace utilizando un argumento teológico: la obligación de evitar matar deliberadamente animales para comerlos o de evitar comprarlos, incluso si uno no los mata.

Por lo tanto, su argumento no es contra el consumo de carne en sí. Lo hace basándose en algo de lo que ya hemos hablado en el contexto de la eutanasia y el suicidio asistido por un médico: el principio del doble efecto. Y en este contexto se basa en algunas ideas de un erudito llamado Thomas Higgins.

Así, señala que, según el principio del doble efecto, no sería razonable permitir un mal grave a cambio de un bien relativamente insignificante. Como dice Tardif, incluso si un bien supera al mal en cuestión, la acción es ilícita si, cito textualmente, el efecto bueno podría haberse obtenido sin el efecto malo. Esto tiene que ver con una estipulación dentro del principio del doble efecto, que es que los medios para lograr el bien no deben ser malos.

No se debe utilizar el mal como medio para lograr un efecto bueno. Así, señala en su argumento, apelando a la idea general de la jerarquía de los seres, que en el orden creado hay una especie de jerarquía de seres de mayor y mayor valor y dignidad, desde la naturaleza inanimada hasta, por ejemplo, los organismos microscópicos, pasando por los gusanos e insectos, los peces, los anfibios, los reptiles, los mamíferos, los humanos, y luego a través del orden angélico hasta Dios. Así que hay una especie de jerarquía de los seres.

Esta idea se defendía mucho más comúnmente en el período medieval, pero lo que él mantenía hoy en día es lo que se debe afirmar: los seres humanos están por encima de los animales, que a su vez están por encima de las plantas, que a su vez están por encima de los seres inanimados. Debemos respetar esta jerarquía de valores siempre que sea posible.

Debería considerar a cada tipo de organismo de manera apropiada según su lugar en la jerarquía. Por eso la mayoría de nosotros no lo pensamos dos veces antes de matar una mosca o un mosquito. Pero nos horrorizaríamos si alguien matara con la

misma indiferencia a un perro, un gato o incluso un pájaro, porque intuitivamente reconocemos que ahí hay una jerarquía.

Si vas a matar a un animal, entonces, ya sabes, maldita sea, más vale que tengas una buena razón para hacerlo. Pero nunca exigimos buenas razones a las personas cuando pisan una hormiga o matan una mosca. Así que cuando combinamos esta noción de la jerarquía del ser con el principio del doble efecto, parece que, según Tardif, siempre que una persona pueda alcanzar sus fines matando plantas en lugar de animales, entonces no puede matar animales ya que, como son óticamente superiores a las plantas, hacerlo en esas circunstancias constituiría una violencia más que necesaria.

En otras palabras, dice, matar animales para mantener la vida y la salud violaría la condición del bien proporcionado, ya que sería destruir animales para lograr fines que pueden lograrse a expensas de bienes menores y plantas. Así, citándolo un poco más, Tardif dice que cualquiera que pudiera vivir bien con una dieta vegetariana estaría, en igualdad de condiciones, obligado a adoptarla porque esta opción aseguraría los mayores bienes de su vida y salud al mismo tiempo que causaría la menor cantidad de mal. Básicamente, la idea es que se puede lograr tanta salud y bienestar en la vida comiendo productos vegetales como comiendo productos animales.

Si sigues una dieta completamente vegetariana y evitas comer carne, estás haciendo mucho bien al evitar participar en la crueldad hacia los animales o aumentar su sufrimiento. Físicamente, te está yendo tan bien como si no tuvieras esa dieta. Esto ignora otro argumento: que una dieta vegetariana es en realidad más saludable.

Algunos argumentan sobre esa base, y él lo menciona aquí mismo cuando habla de la dimensión nutricional de este asunto. No es necesario argumentar en favor de la nutrición para defender este argumento. Él señala que una dieta vegetariana, al menos, es tan nutritiva como la de un omnívoro, un carnívoro.

Y señala que, en todo caso, es una dieta más sana. Tanto es así que se suele suponer que cuando una persona se vuelve vegetariana es por motivos de salud. Yo sé que sigo una dieta libre de crueldad animal.

En general, evito las carnes de animales criados en granjas industriales. Y cuando le digo a la gente que, en general, evito comer carne, me dicen: "¿Lo hago por razones de salud o por otras razones?", porque reconocen que evitar o reducir al mínimo el consumo de carne en la dieta suele tener enormes beneficios para la salud. Vale, se podría argumentar de esa manera, pero, en aras de su argumento, no es necesario.

Existe el argumento moral de que es suficiente. Una segunda consideración es la disponibilidad. En nuestra cultura, como en la mayoría de los países desarrollados,

tenemos un acceso cómodo a una gran cantidad de productos alimenticios no animales.

Y podemos tener una dieta vegetariana muy fuerte durante todo el año, así que eso no es una preocupación para nosotros en Occidente. No sé si sería una preocupación tan grande también en la gran mayoría de los demás países.

Por supuesto, me han dicho que es más eficiente. Es mucho más eficiente comer cereales, verduras y frutas que comer carne de animales que se han alimentado de todos esos cereales. Y muchos de esos cereales aportan proteínas.

En particular, los frutos secos y otros productos no animales pueden aportar una gran cantidad de proteínas. A continuación se presentan algunas objeciones que a veces se plantean. Una de ellas es la objeción por placer.

La carne tiene buen sabor. Es agradable masticarla. Y el sabor que se obtiene de un bistec o de cerdo, de una chuleta de cerdo o de unas costillitas es bueno.

Muchos enfatizarán realmente el placer que podemos obtener al comer carne. ¿No proporciona eso una razón proporcionada para matar animales con el fin de obtenerla? Tardif contraataca señalando que hay muchos alimentos deliciosos sin carne y que el placer de comer carne no es tan grande, de modo que tratar a un animal con crueldad lo justificaría. Con la llegada de algunos de estos sustitutos de hamburguesas a base de plantas, creo que este argumento es especialmente sólido de su parte.

Soy un gran fanático de la Whopper imposible, y ni Burger King ni nadie más me han pagado por decirlo, pero me sorprende lo mucho que sabe esta cosa a una Whopper real. No noto la diferencia. Así que, probablemente como al menos una vez cada dos semanas y me como una hamburguesa Whopper imposible.

Creo que podría conseguir uno esta tarde. De hecho, me ha dado hambre. Pero es increíble que ahora, con la tecnología que tenemos, podamos crear sustitutos de la carne.

En mi opinión, el sabor es tan bueno como el de la carne real, y es más saludable porque no contiene todos los nitritos y nitratos que contiene la carne roja. De todos modos, incluso si el placer de comer carne fuera significativamente mayor, Tardif sostiene que no es suficiente para justificar la matanza de un animal por ello. Otra objeción es la económica.

Si todo el mundo se volviera vegetariano, se producirían trastornos económicos. Es una preocupación que expresan algunos. No sé hasta qué punto se toman en serio este argumento, pero a veces se oye.

En respuesta, Tardif dice que incluso si todo el mundo se volviera vegetariano, sólo causaría problemas económicos si sucediera de forma abrupta. No va a suceder que mañana, de repente, todo el mundo se vuelva vegetariano, o que ni siquiera una gran parte de la población se vuelva vegetariana. Se produciría de forma muy gradual y los mercados se irían ajustando.

Observen cuánto ha sucedido esto ya en términos de restaurantes y tiendas de comestibles. Han hecho cambios en términos de ofrecer opciones vegetarianas porque hay una mayor demanda de este tipo de productos. El mercado se ajustará y esto ocurrirá gradualmente, por lo que no hay necesidad de preocuparse por un desastre económico como resultado de esto.

Si la gente se vuelve, bueno, como la gente se está volviendo cada vez más sensible a este tema y está cambiando sus hábitos alimenticios en consecuencia. Bueno, veamos ahora los argumentos bíblicos a favor del cuidado de los animales. ¿Qué tipo de consideraciones deberían figurar en nuestro pensamiento sobre este tema desde un punto de vista bíblico? Un punto con el que podemos comenzar tiene que ver con la propiedad divina, que es que Dios es dueño de todo lo que hay en este mundo.

Él es el dueño de todo el universo, y eso incluye el planeta Tierra y todo lo que hay en él, incluidos los seres humanos y todos los animales de cada colina y cada ave y cada árbol, como dice el salmista en el Salmo 50. La tierra es del Señor y todo lo que hay en ella, dice otro salmo. Así que Dios es dueño de todo, y la falta de respeto hacia cualquier aspecto de la naturaleza es una falta de respeto indirecta hacia Dios.

El trato cruel a los animales es irrespetuoso, no sólo para ellos, sino también para Dios. Por lo tanto, tenemos el deber de tratarlos humanamente. En segundo lugar, hay mandamientos divinos que se refieren al trato a los animales que son fáciles de pasar por alto.

Tradicionalmente no se han destacado mucho, pero están ahí en las Escrituras. La Biblia nos da directivas específicas sobre el cuidado de los animales. Una de ellas aparece en Éxodo 23, donde Dios ordena a los israelitas extender el descanso sabático a los animales.

Los bueyes, los toros y los asnos también deben descansar. Deuteronomio 25:4 dice que no se debe poner bozal al buey mientras trilla. Y Proverbios 12:10 dice que los justos se ocupan de las necesidades de sus animales.

Es algo que hace una persona justa y cuida de sus animales. Pienso en ese versículo literalmente todas las mañanas cuando salgo al patio trasero, al gallinero donde están nuestras cuatro gallinas. Les doy su rastrillo y las dejo salir de la parte interior del gallinero.

También en este aspecto intento ser un hombre justo, velando por el bienestar de estos animales tan poco inteligentes. Las gallinas son animales muy estúpidos, unas pequeñas bestias raras. Pero tengo el deber, aunque sean muy poco inteligentes, de cuidarlas y satisfacer sus necesidades como hago con mi gato y mi perro.

Y eso es sólo parte del cumplimiento de un mandato bíblico, el mandato cultural de cuidar la creación. Pero es interesante conocer estos mandatos específicos de las Escrituras en relación con el cuidado de los animales. Luego, ya hemos hablado de la jerarquía de las ideas, que son seres que se diferencian en términos de sus diversas perfecciones.

La idoneidad de nuestro trato con cualquier ser puede evaluarse según su lugar en la jerarquía, como ya hemos comentado con el argumento de Tardif. ¿Cuál es la conclusión? Se puede argumentar que tenemos un doble deber moral hacia los animales.

Aunque no queramos llegar tan lejos como para decir que los animales tienen derechos, que no es algo que yo diría sobre ellos, parece un término demasiado fuerte. La mayoría de los teólogos del bienestar animal, como el gran Stephen Webb, que es amigo mío y ya fallecido, han escrito mucho sobre este tema.

Andrew Lindsay y otros tienden a evitar los derechos lingüísticos. Les gusta hablar más sobre el bienestar animal, el cuidado de los animales y la compasión. Creo que ese es el camino correcto.

Tenemos un doble deber hacia los animales. Uno, cuidarlos de una manera que respete a Dios. Son las mascotas de Dios.

Y si vas a cazar, hay una forma correcta de hacerlo en términos de minimizar el dolor y el sufrimiento. Hay formas irresponsables de hacerlo. Y si vas a comer carne adquirida de otra manera, entonces evita apoyar un sistema que causa tanto sufrimiento.

Existen formas en las que podemos apoyar los productos animales y su procesamiento que no sean intrínsecamente crueles. El término "criaderos en libertad" se refiere a cerdos, pollos y reses criados en libertad. Eso es algo que podríamos apoyar.

O simplemente abstenerse de comer carne por completo. La segunda parte de esto sería tratar a los animales de una manera que sea apropiada a su naturaleza como seres conscientes con necesidades y capacidad de sufrir. Si tenemos estas cosas en mente, eso implicará tal vez algunos ajustes en la conducta de compra y alimentación.

Pero esa sería mi recomendación. Es una especie de consideración seria del bienestar animal. También nos impulsará a reconsiderar nuestro apoyo, ya sea directo o indirecto, a las granjas industriales.

Simplemente porque en las granjas industriales se procesan enormes cantidades de animales, y eso a menudo o típicamente implica un cierto grado de crueldad. Circos. Con frecuencia, en estos contextos, los animales son entrenados de manera tortuosa.

Algo que se hizo durante muchos años en los circos, al menos en ciertos contextos, es un buen ejemplo de ello: un burro o un caballo saltaba de un trampolín alto, se tiraba al agua y lo hacía sin mucha fuerza, tal vez con un pequeño estímulo.

Pero pensemos en lo que se necesitaría para entrenar a un animal para que hiciera eso voluntariamente. Y lo que se utilizaría serían picanas eléctricas. El simple hecho de saltar a esa piscina de agua sería tan aterrador como lo sería para el animal.

Es mejor que ser electrocutado. Pero aún hoy, en los circos de varios lugares, los animales son entrenados para hacer todo tipo de cosas que son antinaturales, muy antinaturales, incluso si son divertidas para la vista, son muy antinaturales. Y en tantos casos, es debido al trato duro y al maltrato que los entrenadores han permitido que hagan esas acrobacias.

Trampas. Las trampas que se utilizan para atrapar animales por su piel, en particular, suelen ser muy crueles. Y aunque existen leyes que establecen pautas sobre cómo deben colocarse las trampas y con qué frecuencia deben revisarse, no suelen aplicarse con mucha precisión.

En muchos casos, los animales sufren durante horas y horas o días seguidos, atrapados de forma cruel. Y, por último, en lo que respecta a la investigación con animales, muchos animales son torturados con el fin de realizar investigaciones cuestionables. Una cosa es utilizar animales para investigar lesiones cerebrales y cánceres o para entrenar a personas en técnicas quirúrgicas.

Eso es una cosa, pero hacer una investigación dolorosa, incluso terriblemente dolorosa, con animales para probar cosméticos, como se hace normalmente con conejos, donde se les coloca un cosmético en los ojos y se los inmoviliza para que no puedan escapar. Reaccionan violentamente a esto, pero no hay nada que puedan hacer para aliviar el dolor en sus ojos cuando se prueban esos cosméticos.

Es decir, se trata de cosméticos. No son esenciales para el desarrollo humano. Por lo tanto, vale la pena investigar qué tipos de productos dependen o no de este tipo de cosas.

Y muchos productos llevan etiquetas que indican que no proceden de granjas industriales o que son de gallinas criadas en libertad. Compramos huevos y carne de gallinas criadas en libertad, y eso es lo que compramos, en lugar de huevos de granjas industriales. Y también compramos huevos de nuestras gallinas en nuestro patio trasero, que tienen un sabor notablemente mejor que los huevos que se compran en la tienda.

Por lo tanto, si le preocupa el sabor, el gusto y la dimensión estética, hay otra ventaja a favor de los productos de origen animal libres de crueldad o criados humanamente. A continuación, se ofrecen algunos recursos en línea que puede consultar. Uno de ellos es la Asociación Vegetariana Cristiana.

También está la organización Jesus People for Animals. Y luego está la organización Every Living Thing, que es tremenda. Y hay una declaración que se redactó hace unos años, hace cinco años aproximadamente, que firmé, y muchas otras personas han firmado.

Es lo más equilibrado, bíblico y razonable que he visto como una especie de declaración sistemática sobre el bienestar animal y la ética del trato a los animales desde una perspectiva bíblica cristiana. Es algo bueno. Así que con esto concluimos nuestro debate sobre este tema.

Les habla el Dr. James Spiegel en su clase sobre Ética Cristiana. Esta es la sesión 18, Derechos de los Animales.